

CISNEROS, JOSÉ ANTONIO (1826-1880)

DIEGO EL MULATO

Drama en tres actos

A los señores Don Antonio García Gutiérrez y Don Vicente Calero, en prueba de sincera amistad, dedica este su primer ensayo dramático el autor.

ACTO PRIMERO

(El teatro representa una plaza: al fondo la fachada de la iglesia parroquial; a la izquierda la casa de doña María de Mantilla.)

PERSONAJES:

DIEGO EL MULATO
EL BRUJO PESCADOR
DOÑA MARÍA DE MANTILLA
CONCEPCIÓN (su hija) ISABEL (criada)
DON FERNANDO GARCÍA
EL CAPITÁN GALVÁN
EL CAPITÁN RODRÍGUEZ
FR. JUAN BENAVENTE
VIGÍA
JUAN
BLAS
SOLDADOS, PIRATAS Y PUEBLO

(La acción pasa en Campeche, a mediados del siglo XVII.)

Este drama se representó por primera vez en el teatro de Mérida de Yucatán bajo la dirección del acreditado actor don Manuel Argente.

ESCENA I

(Algunos grupos del pueblo en el fondo; entre ellos el capitán Galván; cerca del proscenio, Blas y Juan.)

BLAS.-¿De cierto lo sabes?

JUAN.-¡Toma!
Diez naves veleras son
las que a la playa se allegan.

BLAS. ¿Y qué piensan hacer?

JUAN.-Hoy
todos lidiaremos, todos
con entusiasmo y valor.

BLAS.-Mas somos pocos.

JUAN.-Es cierto;
pero al pirata feroz
presentan todos con gusto
por escudo el corazón.

BLAS.-¿Pero si son ellos muchos,
fácil no es...?

JUAN.-¡Vano temor!

BLAS.-Ninguna proporción hay.

JUAN.-Eres necio: que, haya, o no,
ellos lidian por el oro,
nosotros por el honor.
¿Y sabes tú lo que es la honra
de un pueblo entero?

BLAS.-¡Pues no...!

JUAN.-Es la luz, el ser, la vida
es de un pueblo noble el sol:
el que lidia por su patria
lidia complaciendo a Dios.
Es la causa más sagrada.
Soy por mi patria un Nerón.

BLAS.-¿Y qué medidas se toman
para este trance?

JUAN.-Pidió

nuestro capitán, de Mérida,
un refuerzo.

BLAS.-¿Y llegará?

JUAN.-Hoy.

BLAS.-Mas no has notado que algunos
ocultan mal su temor,
y sospechan...?

JUAN.-¿Qué sospechan?

BLAS.-Que esa cuadrilla feroz
la manda Diego el Mulato,
el mismo que en Champotón,
llenando a todos de espanto
y sembrando allí el terror,
entró al pueblo con su espada,
y degolló cruel y atroz
a don Valerio Mantilla,
encomendero de pró.

JUAN.-¡Dios no permita tal cosa!

BLAS.-¿Y si tal permite Dios?

JUAN.-Resistir cual yucatecos,
que entre la vida y baldón,
nunca jamás han dudado
morir por salvar su honor.
¡Pobre Mantilla! Si es cierto
que es Diego el Mulato,
yo seré el primero que pase
su negro y vil corazón.
Su honrada familia llora
tan gran pérdida.

BLAS.-Fue atroz
el asesinato.

JUAN.-Horrible
todos lo sienten... murió,
pero cual valiente... su hija,
que de Campeche es el sol,
cuando a tal filibustero

le nombran, da compasión
ver cual se aflige... ¡es tan pura
la bella Conchita...!

BLAS.-Horror
la debe causar el nombre
del tal Diego.

JUAN.-Y con razón
quisiera que vieses muerto
a ese pirata feroz.

BLAS.-Se va reuniendo más gente.

(Se ve llegar más gente, que se incorpora en los grupos.)

JUAN.-¡Y que se reúna, mejor!
así se entusiasman todos.
¡Si estuvieran como estoy...!

(Atraviesa el brujo pescador por entre los grupos.)

BLAS.-¿Has conocido a ese viejo
que acaba de pasar?

JUAN.-No
¿quién es él?

BLAS: Un miserable:
es el brujo pescador,
un hombre muy misterioso
sin ninguna relación;
con nadie trata: hace tiempo
que a nuestra villa llegó,
y es para todos incógnito
el tal viejo.

JUAN.-¿Y vive él... ?

BLAS.-Hoy,
y siempre, ha vivido el pobre
por San Román: cada sol
lleva al mercado su pesca,
y vive de su valor.
En su choza no se encuentra
sino una red, un fogón,

un frasco con dos trabucos,
una hamaca y un farol:
que es portugués dicen unos,
otros italiano, y yo,
como todos, aún ignoro
quién es el tal pescador;
lo que es cierto, que durmiendo
está mientras luce el sol,
y vela toda la noche
con qué fin, ¡sábelo Dios!
Por eso le llaman brujo
casi todos.

JUAN. Con razón
le dan semejante nombre.

BLAS.-¡Vaya un viejo pescador!
Se acerca ya el capitán.

JUAN.-Retirémonos allí.

(Se incorporan entre los grupos.)

ESCENA II

(Dichos, después el vigía.)

GALVÁN.-Si desembarcan aquí,
muchos daños causarán.
El refuerzo que he pedido
tanto no debe tardar,
y si nos llega a faltar
más que todos soy perdido.
Esta villa ahora un año
de Diego el pirata atroz
grave estrago, ¡vive Dios!
recibió, y terrible daño.
Mas si llega él mismo a ser
quien la quiera invadir hoy,
ofrezco por ser quien soy,
que mucho tendrá que hacer.
Expuesta esta infeliz villa
siempre ha estado a su furor,
y es el perverso, el traidor

que asesinó al buen Mantilla...
Mas he notado con gusto
que aquí se encuentra osadía,
y al vil pirata a porfía
quieren matar: es muy justo.
Desorden grande ha causado
en la villa su incursión
todo se halla en confusión
por el terrible malvado.
Su luz el sol ya declina,
y el refuerzo se dilata
mientras que aprisa el pirata
a la playa se encamina.
Mas los soldados están
sus puestos siempre ocupando,
y el pueblo ora demostrando
ser pueblo de Yucatán.
Ven acá: ¿ya se cumplieron (*Pregunta a Blas.*)
las órdenes que te di?

BLAS.-Todas, señor.

GALVÁN.-¿Todas?

BLAS.-Sí,
armados ya todos fueron:
aquí los del pueblo están
vuestro mandato esperando.

GALVÁN.-Que allí se estén.

BLAS.-Aguardando
furiosos siempre estarán.

(Los grupos miran con atención hacia la derecha.)

GALVÁN.-Gran trabajo ha de costar
resistir.

VARIOS.-¡Señor, señor!

GALVÁN.-¡Qué novedad...! (El temor
no me deja de inquietar.)

JUAN.-El que observa en la Eminencia
viene a carrera tendida, trasudado...

GALVÁN.-Por mi vida
que tenemos hoy pendencia.

VIGÍA.-¡Señor...!

GALVÁN.-Hablad de una vez.
¿Qué ocurre?

VIGÍA.-Los invasores...

GALVÁN.-Hablad presto.

VIGÍA.-Sí, señores;
le he reconocido, él es;
es él, no puedo dudarlo.

GALVÁN.-Abrevidad vuestro relato.
¿Quién es él?

VIGÍA.-Diego el Mulato.

VARIOS.-¡Diego el Mulato!

GALVÁN.-A atacarlo.

VIGÍA.-Desembarcado ya habrá
de la lancha en que venía.

GALVÁN.-Unámonos, que este día
la suerte decidirá.

VARIOS.-Vamos presto.

GALVÁN.-Prevenid
lo que os sea necesario.
Volved luego: el temerario
ha de arrepentirse: id.

ESCENA III

(Galván, don Fernando.)

FERNANDO.-Mi capitán,
¿qué partido tomamos hoy?

GALVÁN.-¡La defensa!
Se engaña, si altivo piensa
hallar al pueblo rendido.
¿Iréis vos a la cabeza
de algunos del pueblo?

FERNANDO.-Sí,
y todos mueran aquí.

GALVÁN.-A su gente, con presteza,
ha de resistir la nuestra.
Todos los del pueblo han ido
a prevenirse.

FERNANDO.-Atrevido
el pueblo, señor, se muestra.

GALVÁN.-Si por desgracia rendidos
quedamos...

FERNANDO.-En la contienda
no nos queda ya otra senda
que vencer o ser vencidos.
¡Viven los cielos! que hoy siento
en mí cierta pujanza que entiendo
a torcer alcanza su intento.

GALVÁN.-Fernando, estoy
del mismo modo que vos;
mas yo temo a ese pirata.

FERNANDO.-El que lidia, muere o mata.

GALVÁN.-Veremos cuál de los dos,
si le encuentro en la refriega.

FERNANDO.-Yo no le conozco.

GALVÁN.-¿No?
Pues bien le conozco yo.

FERNANDO.-Por eso el furor os ciega.
Con ellos me voy a unir.

GALVÁN.-Alentadlos lo posible,

que esta invasión es terrible,
y es difícil resistir. (*Vase Fernando.*)
Hombres feroces, que sedientos de oro
cruzáis los mares con inquieto afán,
en Campeche hallaréis rico tesoro
que nobles pechos enseñando van.
Cual bravos los veréis dando la muestra
de este pueblo pacífico en la lid:
veréis también en mi terrible diestra
vibrar la espada. No tardéis, venid;
venid al punto, bárbaros feroces,
que en el mundo vivís sin tener ley;
mucho tardáis: venid, marchad veloces,
hombres de ruda y de salvaje grey.
Si en nuestra causa nos ampara el cielo,
habéis de conocer qué es Yucatán.
Regad con sangre nuestro noble suelo
antes que venzan los que aquí se están...
Se hallan todos aquí: fuerza es que vean
que la victoria con valor se alcanza.

(*Van entrando grupos del pueblo, y Fernando a cabeza.*)

FERNANDO.-Aquí todos estamos: de confianza
son, señor, éstos que vencer desean.

GALVÁN.-Valientes campechanos: nunca un hombre
del pueblo yucateco base humillado.

(*Con la espada desenvainada.*)

En la guerra o la paz, su ilustre nombre
con heroico valor lo ha conservado.
No es la causa del rey, es causa vuestra
la que hoy defenderéis: sí, la honra pura
hoy salvar deberéis, con fuerte diestra,
de vuestras hijas, en la guerra dura.
Sueña el pirata si ha juzgado altivo
vuestro honor mancillar y vuestra gloria.
No, campechanos, no: ninguno vivo
en la lid quedará, ¡Muerte o victoria!
Sediento viene por saquear el oro
de vuestros templos con furioso anhelo:
os viene ya a buscar: halle un tesoro,
"del amor de la patria el noble celo".
Ahora recordad la muerte horrible

que Diego, ese pirata, dio a Mantilla;
vengadla, campechanos: sea terrible
la venganza que en él tome la villa.
Ved vuestras hijas que afligidas lloran,
vedlas expuestas al salvaje encono.
Por ellas pelearéis: ellas imploran
a Dios victoria. Dios desde su trono
os premiará. ¡Valientes campechanos,
que mueran los piratas!

VARIOS.-¡Mueran!

GALVÁN.-Uno
no quede, yucatecos, y a las manos...

FERNANDO.-¡Ninguno ha de quedar!

GALVÁN.-Nadie.

VARIOS.-Ninguno. (*Varase todos.*)

ESCENA IV

(*Concepción. Sale de su casa en traje de luto.*)

CONCEPCIÓN.-¡Señor, tu clemencia imploro!
¡Ten compasión, ay de mí!
enjuga mi amargo lloro,
que si entra el pirata aquí
va a matarnos por el oro.
A su furor sucumbió
mi padre... ¡mi infeliz padre!
Tú, ¡oh Dios! que lo que sufrió
viste, ¡no permitas, no,
que haga lo mismo en mi madre!
A ti me entrego... una flor
que apenas nace en su tallo,
viene a secarla el terror
con la violencia del rayo
de tu cólera, Señor.
Yo que anhelante procuro
mi soledad conservar...
defiende ese sacro muro
donde me voy a guardar

de un hombre maldito, impuro.
Embota, mi Dios, embota
esa su sangrienta espada,
o que su fuerza vea rota:
que nada consiga, nada,
y sus recursos agota.
La villa, si llega a ser presa
de su atroz victoria, ¡desgraciada!
perecer verá su brillante gloria...
mas... que muera en su deber.
Va mientras mi pecho a orar
en la soledad del templo...
que llegue a tu santo altar
la humilde voz que a elevar
voy, adonde te contemplo.
Y si mis preces sencillas
se escuchan allá en el cielo,
tú que en ese trono brillas,
una tumba en este suelo
abre bajo mis rodillas.
Quiero morir: mi memoria
siempre agitada suspira,
y de mi padre en la historia
cada momento delira...
¡calme mi angustia tu gloria!

(Entra en el templo en el mismo instante en que se oye el tiroteo.)

ESCENA V

(Blas y Juan. Entran por lados opuestos.)

JUAN. ¿A dónde vas?

BLAS. Ya los nuestros
perdidos sin duda están.

JUAN.-¿Vas con ellos?

BLAS.-De algún modo
mi brazo les servirá.
¿Y tú, cobarde?

JUAN.-Yo vuelvo...

BLAS.-¿De dónde?

JUAN.-¿Yo? de llevar
a mi mujer al convento
de San Francisco: quizá
ella enferma y mis dos hijos,
de esto allí se librarán.
¿Escuchas? Se están batiendo.

BLAS.-Y de duro. Voy allá.
Adiós.

JUAN.-Adiós, hasta luego.

BLAS.-¿Y tú no irás.

JUAN. ¿Yo faltar?
Presto allí nos uniremos
si tengo valor verás;
que aunque me mires cobarde
puedo un fusil disparar.
Dejara de ser...

BLAS.-Te entiendo,
nacido aquí en Yucatán.

JUAN.-¡Pues! Ni dudarle; eso basta;
tú bien me comprendes, Blas.

(Vase cada uno a sus respectivas direcciones.)

ESCENA VI

(Doña María e Isabel. Salen de su casa.)

DOÑA MARÍA.-Isabel, Isabel, ¿no la encontraste
en la sala, en el cuarto?

ISABEL.- No, señora.

DOÑA MARÍA.-¿Qué es, ¡oh cielos! de mi hija? ¿La has buscado
con empeño, Isabel?

ISABEL.-Yo diligente,
señora, registré la casa: ¡nada!

nada de ella encontré: quizá agobiada
en el trastorno y la inquietud presente,
no pudiendo volver, se habrá quedado
en alguna otra parte, sí.

DOÑA MARÍA.-¡ Dios mío!
¿qué será de mi Concha si ha triunfado
el pirata infernal, ese hombre impío?
¿Quién la defenderá, sola y perdida,
cual paloma entre juncos enredada,
de astuto cazador hora amagada
la tierna edad de su preciosa vida?

ISABEL.-No os aflijáis cual madre sin consuelo
que de esperanzas halagüeñas huye;
pues sobre ese pirata que destruye,
el castigo vendrá del alto cielo.

DOÑA MARÍA.-¡Bien que lo sé! pero al faltarme Concha,
¿cómo no quieres que suspire herida?
¡separarse de mí! ¡flor desprendida
en tan gran tempestad!

ISABEL.-Ved que la gente
toda al convento va, y ya el combate
es más terrible.

DOÑA MARÍA.-¿Y qué?

ISABEL.-Señora, vamos.

DOÑA MARÍA.-Sin mi hija, no me muevo aunque me mate
el pirata infernal.

ISABEL.-Venid, huyamos
todos se han dirigido ya al convento.

DOÑA MARÍA.-¿De San Francisco?

ISABEL.-Sí, y tal vez podamos
encontrarla.

DOÑA MARÍA.-¡Isabel...! ¡triste momento! (*Vanse.*)

ESCENA VII

(Galván y Diego, batiéndose.)

Ya los vuestros han huido
sólo vos quedáis, Galván.

GALVÁN. ¡Infeliz!

DIEGO.-Ya vuestro afán
presto lo veréis perdido.

GALVÁN.-¿Me conoces, miserable?

DIEGO.-¿Que si os conozco? y muy bien.
¿Y vos a mí?

GALVÁN.-Yo también.
Eres Diego el... detestable. (Con furor.)

DIEGO.-Pues conocedme mejor.

(Le hiere y cae entre bastidores.)

GALVÁN.-Ya infernal... de... mí... has... triunfado...

DIEGO.-Ya conocéis que un malvado
lucha también con valor. *(Se adelanta.)*
¡Respira pecho! que ya
eres dueño de la villa.
¡Cobardes! me maravilla
esta acción. ¡Huyeron, va!
Diego el Mulato me nombran,
como un hombre despreciable:
¡pobre gente, no es culpable!
al verme todos se asombran.
Después de cruzar los mares
entre rayos y entre truenos,
aquí respiro a lo menos
libre de tantos pesares.
Y tú, mi fiel compañera,
que roja siempre has estado,
mi existencia hoy has salvado
en la lid bárbara y fiera.
¡Qué gloria es verte manchada
con la sangre de esos locos,
que son para mí tan pocos

contigo, luciente espada!
¿Pero en qué lugar me encuentro?
Es la plaza según veo.
Nunca juzgué en mi deseo
llegar de la villa al centro.
Mas es necesario el ir
a ver lo que han saqueado:
oro en Campeche hay guardado,
y es preciso dividir. (*Vase al fondo.*)

(*Dicho y Concepción que sale de la iglesia.*)

ESCENA VIII

CONCEPCIÓN.- ¡Cielos! ¡Qué miro! Es Galván...
(*Al ver el cadáver de Galván.*)
¿Y mi madre? sola estoy.
¡Dios eterno! ¿adónde voy?
¿En dónde los míos están?
Me sobrecoge el terror
pues me miro abandonada,

(*Diego se va acercando a ella sin que lo note.*)

huérfana, desamparada
y rendida a mi dolor. ¡
Ay! ¡por piedad, amparadme! (*Al verlo.*)
¡Por piedad, oíd mi ruego
libradme, señor, de Diego!
¡de ese pirata libradme!

(*Cae desmayada en un banco. Momento de silencio.*)

DIEGO.- No temas, bella criatura,
no temas de mí, maldad:
tierna me imploras piedad,
yo te reverencio pura,
y respeto tu beldad.
No temas, que aunque jamás
cupo en mí la compasión
tú ablandas mi corazón;
¡soy tu esclavo, nada más!
yo te rindo adoración.
¡Cómo marchitar la flor!

¡Cómo quitarle su ser!
No temas, bella mujer,
que impuro manche tu honor:
no soy el mismo que ayer.
¿Me odias tanto, niña hermosa?
¿Es mi nombre tan feroz?
Estamos juntos los dos
en mí tu frente reposa,
¡ángel divino de Dios!
Estás, niña, desmayada
de un infeliz en el pecho:
no me odies, no: ¿qué te he hecho?
Mira mi amargo despecho,
mírame, niña adorada.
Ignora siempre quién es
el que hoy te tiene en sus brazos:
si has de saberlo después,
que antes caiga hecho pedazos
mi corazón a tus pies!

ESCENA IX

(Dichos y algunos piratas.)

UNO.- Aquí hay presa, apresuraos;
vamos luego a disputarla.

DIEGO.- Sólo debéis respetarla.
¡Miserables! retiraos.

OTRO.- Vamos a otro rumbo.

UNO.- Vamos,
y quédese el capitán.

OTRO.- Los otros allí estarán,
el tiempo aquí malgastamos.

ESCENA X

(Dichos, menos los piratas.)

DIEGO.-Te miro al fin; prenda mía,
entregada a mi poder...
Mas tú dominas, mujer,
con esa melancolía.
¡Qué frente tan tersa y pura!
¡Qué inocencia virginal!
¡Eres bella, angelical,
cándida, tierna hermosura!
Y daría por tu anhelo
cuantos tesoros encierra
en sus entrañas la tierra,
y en sus misterios el cielo.
Nunca sentí en mi interior
ese rayo ardiente, eterno,
que me ha arrojado a un infierno
de ansiedades, de pavor.
Y jamás noche tan bella
borraré de mi memoria,
pues en ella vi la estrella
de mi refulgente gloria...

ESCENA XI

(Dichos y el brujo pescador.)

DIEGO.-Venid, venid a socorrer humano
a esta del corazón prenda tan pura.

PESCADOR.-¡Aparta, miserable, cuán tirano
procuras acrecer mi desventura,
clavando inicuo con tu propia mano
el agudo puñal de la amargura
aquí en mi corazón.

DIEGO.-Venid, os digo.

PESCADOR.-Hijo digno de mí, yo te maldigo.

DIEGO.-¡Por piedad, padre!

PESCADOR.-No, que en vano imploras
mi socorro esta vez. ¿No te has cansado
de esa tu vida, en que al contar las horas
ni una sola siquieras hayas pasado

sin cometer un crimen?

DIEGO.-Si demoras
el eficaz auxilio que he impetrado...

PESCADOR.-Tú eres un delincuente: es tú destino
sembrar de atrocidades tu camino.

DIEGO.-No, padre, no, miradla: su hermosura,
igual a la que mísero he soñado
virgen de amor, resplandeciente, pura,
como la luz del sol...

PESCADOR.-¡Quita, malvado,
y no profieras con tu boca impura,
con tu aliento infernal de condenado,
que allá en tu pecho encontrará tranquilo
la que llaman virtud, seguro asilo!

DIEGO.-También dudé de la virtud: nacido
y educado de vos, mi torpe lecho
de desastrosos crímenes henchido,
de la voz natural que habla en el pecho
apagó acaso su primer vagido;
y entre sonrisas bárbaras deshecho,
he assolado contento en cruda guerra
los senos de la mar y de la tierra.
Pero al mirar como visión divina
salir del templo un ángel que me implora,
que hacia mí entre sollozos se encamina,
que débil y confusa...

PESCADOR.-¡Cómo dora
tu labio la intención que te domina
al ver una mujer!

DIEGO.-Como la aurora
después de una tormenta es muy más bella,
así en mi corazón lució esta estrella.
Jamás, padre, en mis, brazos han dormido
el candor, la hermosura, la inocencia:
jamás mi pecho atroz, empedernido,
de ninguna mujer a la presencia
sintió latir el corazón herido;
mas hoy, ¡pobre de mí! que a la clemencia,
si no al amor de una mujer tan pura,

uniré mi esperanza, mi ventura.
¡No amé nunca, es verdad: nunca he encontrado
una virtud que ofusque reluciente,
cual la miré, de gozo entusiasmado,
lucir tan bella en su serena frente!

PESCADOR.-¡Y tan pronto de amor aprisionado...!
DIEGO.-Mi corazón, ¡oh padre! en llama ardiente
ya se siente abrasar: tocadlo os ruego,
y sentiréis de mi pasión el fuego.

(Contempla el pescador a Concepción.)

PESCADOR.-Pero en ese semblante que sudando
contemplas de terror...

DIEGO.-¡Y sudor frío!

PESCADOR.-El ojo de la muerte está acechando.

DIEGO.-¡Callad, callad por Dios! ¡Ay, padre mío!
¡que siempre acierte vuestro hablar nefando
a lastimar mi corazón impío!
No puede, no, morir una hermosura,
que es del poder de Dios tan bella hechura.
Y si tal sucediera... yo creería
en esa atroz fatalidad que huella
la suerte de los hombres noche y día.

PESCADOR.-¡Pues qué! ¿no la ves tú? Mira tu estrella
¿tú la puedes huir? ¿no a sangre fría
te arrojas siempre a la mayor querella?
Todos vamos sujetos, te lo he dicho,
de esa fatalidad al vil capricho.

DIEGO.-¡Vos, padre, que en el crimen me habéis dado
la vida, por el crimen apoyada,
en el crimen por vos fui yo educado!
Fue crimen que a mi madre desgraciada
con un puñal por vos bien afilado
terminase la vida... ¡infortunada...!
y más crimen ponerme en el camino...
de ser ladrón; pirata y asesino...
Cuando quizá de luz algún destello,
que con placer el alma iluminaba,
pudiera hacerme levantar el cuello

con esa indiferencia que aterraba,
para apagar a su reflejo bello,
quién entonces, decidme, así exclamaba
"¡Esa fatalidad siempre será una:
esa fatalidad es la fortuna!
¿Y podrá acaso a su poder tirano
ocultarse el mortal?"

PESCADOR.-Eso es muy cierto.

DIEGO.-Si, como vos decís, su dura mano
persigue al hombre hasta rendirle muerto,
el esfuerzo del pecho será vano;
ni podrá nunca divisar el puerto
de su tormenta o salvación segura,
mientras no sienta el mal o la ventura.
Por eso tiemblo, sí: tiemblo de gozo,
al contemplar mi suerte venidera;
porque si apenas esmaltaba el bozo
mis juveniles labios, mi carrera
fue la del crimen, hoy con alborozo
me arrebató esta virgen, la primera
que me prueba que hay Dios en este suelo,
¡y que estar en sus brazos es el cielo!

(Concepción va volviendo en sí.)

CONCEPCIÓN.-¡ Ay! ¿Dónde estoy, Dios eterno?
¡Mi pecho no sufre más...!

DIEGO.-Va abriendo sus ojos bellos.
¡Cuánto sufriendo estará...!
¡Cuán tristemente suspiras!
Terrible será tu mal...
¡Infeliz! ¡pobre criatura!
quizá después odiarás
a quien ledo te contempla,
modelo de la beldad.
Tal vez tus hermosos ojos
de mi rostro apartarás.
¿Encono tanto mi nombre,
ay, niña, te causa ya?

(Se sienta Concepción reconociendo el sitio donde está.)

CONCEPCIÓN. ¿Quién sois, señor? ¡Cuánto os debo!

¿De ese pirata infernal,
de ese monstruo, estamos lejos?
¿Dónde mi familia está?
¿Sabéis de ella? ¿Dónde me hallo?
¡Decidme... ah, por piedad!
¿Lejos de él estoy, señor?
¿del sanguinario brutal?
¿Acaso venís del cielo
una víctima a librar?
¿Lejos de Diego el Mulato
estoy? decid la verdad,
decidme...

DIEGO.-¡Diego el Mulato!
¡Tanto horror inspiro ya!

CONCEPCIÓN.-¿No me respondéis?
Por Dios, a mis ruegos contestad.
¿No os ablanda mi tormento?
¿Ignoráis tal vez el mal
que a mi familia ha causado,
cuando no queréis hablar?
Quizá no sabéis quién es
ese pirata infernal,
ese cruel Diego el Mulato,
¡el homicida falaz
de mi desgraciado padre...!
DIEGO.-¿De vuestro padre?
PESCADOR.-Cabal.
Tú mismo lo has escuchado.

DIEGO.-¿Dónde pudo asesinar
a vuestro padre, el pirata?

CONCEPCIÓN.-En Champotón... ¡oh crueldad!

DIEGO.-¿En noviembre cuando estuvo...?

CONCEPCIÓN.-¡ En ese mes, mes fatal,
mes para mí de tormento
y de mi triste orfandad...!

DIEGO.-Sois, señora, acaso la hija...

PESCADOR.-Lo vas todo a averiguar.

DIEGO.-De don Valerio Mantilla,

del que yo pude quizá...

CONCEPCIÓN.-¿Vos conocíais a mi padre?

¡Oh dicha! ¡oh felicidad!

vos seréis mi defensor,

seréis mi ángel tutelar.

Vos seréis quien me defienda

de su sangriento puñal.

DIEGO.-Sí, lo seré, si he podido

dicha tan grande alcanzar.

Os amo, niña, os adoro:

vos no me odiáis, ¿es verdad?

CONCEPCIÓN.-¿Cómo odiaros cuando debo

mi existencia a vuestro afán,

cuando vos salváis mi vida

en tan dura tempestad?

¡oh! no, imposible: en mi pecho

siempre grabado estará

eterno agradecimiento

a vuestra noble bondad.

Sólo a vos debo la vida:

la habéis sabido guardar,

que acaso Diego el Mulato

la hubiera acabado ya.

DIEGO.- (Diego el Mulato.... ¡ah!)

PESCADOR.-Me alegro. (*Aparte, a él.*)

DIEGO.-Sosegaos un tanto: ya

estáis, niña, aquí segura:

a este lugar ese tal

no puede venir: calmaos.

CONCEPCIÓN.-Si llegase por acá,

tal vez seríamos perdidos.

DIEGO.-Antes tendría que quebrar

esta espada entre mis manos:

estáis en seguridad.

CONCEPCIÓN.-Decís bien, que siempre Dios

al bueno libra del mal;

mas que nunca vuestros ojos

lleguen su rostro a mirar,

pues debe ser horroroso
siendo bárbaro, brutal.
¡Señor Dios os libre de esto!

DIEGO.-Alguien viene... ¡voto a san!

ESCENA XII

(Dichos y Fray Juan Benavente. Concepción se retira a un lado.)

FRAY JUAN.-¡Diego!

DIEGO.-Reverendo padre... *(Le besa la mano.)*

FRAY JUAN.-Te busco precisamente.

DIEGO.-Aquí me tenéis presente
mandad lo que más os cuadre.

FRAY JUAN.-Dime, Diego: ¿no has hallado
una joven por aquí,
enlutada?

DIEGO.-Padre, sí,
y... estoy de ella apasionado.

FRAY JUAN.-¡Es posible!

DIEGO.-Su virtud
expuesta a ser ya manchada,
salvé con la misma espada
que causa aquí su inquietud.

FRAY JUAN.-Su familia...

DIEGO.-Os la daré;
pero sabed que el destino
este ángel bello y divino *(Mostrándosela.)*
me manda, padre.

FRAY JUAN.-Lo sé.
Allégate acá, Conchita.
Cómo te perdiste, ¿dónde?
¿cómo, niña?

CONCEPCIÓN.-Yo salí
de casa...

DIEGO.-¡Suerte maldita!

CONCEPCIÓN.-Y luego me vi perdida.
Debo al señor mi existencia.

DIEGO.-¡Cuán grata me es su presencia
al verla tan afligida!

FRAY JUAN.-Vamos al punto: tu madre,
que sabes cuánto te adora,
afligida por ti llora
vamos luego.

CONCEPCIÓN.-Vamos, padre.

DIEGO.-Mas, señor, en recompensa
exijo una cosa.

FRAY JUAN.-¿Qué?

DIEGO.-Un secreto. (*Aparte, a Benavente.*)

FRAY JUAN.-Ya, ya sé. (*Pónese pensativo.*)

DIEGO.-¿Aún concedérmelo piensa?
¿Mas mi nombre sobre todo,
lo entendéis? que sea un secreto, un misterio.

FRAY JUAN.-Lo prometo:
cumpliré de cualquier modo.

(*Toma a Concepción de la mano en acción de irse.*)

Vamos, Concha: tarde ya es,
y es la noche muy oscura.

DIEGO:-¡Algún día, oh criatura,
nos veremos otra vez!

(*Aparte, a Concepción.*)

ESCENA XIII

(Diego y el brujo pescador.)

PESCADOR.-¿Y tú, infeliz, qué has logrado?

DIEGO.-El cumplir con mi deber.

PESCADOR.-Tu deber... bien puede ser...
¿mas quién te tiene obligado?

DIEGO.-No me preguntéis ya más;
os lo suplico por Dios.

(Un momento de pausa.)

PESCADOR.-¿Cuándo partes?

DIEGO.-Cuando vos queráis.

PESCADOR.-Pues hoy partirás.

DIEGO.-¿Antes que amanezca?

PESCADOR.-Sí.

DIEGO.-¿Tan presto, padre?

PESCADOR.-Así quiero.
Naciste filibustero:
no debes estar aquí.
Naciste para vivir
entre las ondas del mar:
no naciste para amar,
ni para triste gemir.

DIEGO.-Tenéis razón, partiré;
y en la mar que altiva zumba,
buscaré, padre, mi tumba
y en sus olas moriré.
Mas cuando entre horribles truenos,
durmiendo esté en mi navío,
entonces vos, padre mío,
velad por ella a lo menos.
Pues aunque sea mi destino

vivir en la tempestad,
soy por la fatalidad
joven, amante y marino;
y cuando elementos tantos
se rebelen contra mí,
gustoso estaré, si aquí
veláis vos por sus encantos.
¿Me ofrecéis velar por ella,
cuidar de ella, de mi bien?

PESCADOR.-Sí.

DIEGO.-¿Y escribirme?

PESCADOR.-También.

DIEGO.-Pues sigo mi negra estrella.
A disponer mi partida
voy antes que raye el día;
mas juro que ha de ser mía,
aunque me cueste la vida. (*Vase.*)

ACTO SEGUNDO

(Una sala de la casa de doña María: al fondo una puerta que conduce a la calle; a la derecha del actor una ventana; a su izquierda dos puertas, una que conduce a la habitación de doña María y otra a la de Concepción.)

ESCENA I

(Concepción recostada en un sofá con un libro en la mano, e Isabel.)

ISABEL: Señorita, basta ya
de tanta melancolía;
ni os alegra el sol de día,
ni placer la luna os da.
No es edad la juventud
de la tristeza y del llanto
es de placer y de encanto,
es de halagüeña inquietud.

CONCEPCIÓN.-Es de placer cuando el alma,
entregada a su ilusión,
latir siente el corazón
en dulce, apacible calma.

ISABEL.-¿Joven vuestro pecho, acaso
ni dicha ni placer siente?
¿Cuando estáis en vuestro oriente,
pensáis tocar vuestro ocaso?
Algún capricho, tal vez,
que en la mente triste vaga...

CONCEPCIÓN.-Ese capricho me halaga;
mi vida, mi encanto es.

ISABEL.-No creo posible que aquí,
en una playa tan bella,
esté triste una doncella...

CONCEPCIÓN.-¡Mas si huérfana me vi...!

ISABEL.-Pero tenéis una madre
que se interesa por vos,
y que ruega siempre a Dios
por la hija y por el padre.
Después... la brisa que besa
las mansas ondas del mar;
ya nos convida a gozar
y a desterrar la tristeza.
Puro el aire de la tarde
el pecho a gozar convida,
y hasta refresca la vida
cuando en ilusiones arde.

(Dirigiéndose a la ventana.)

Salid a disfrutar
de esta vista que recrea,
do la tierna frente orea
el leve soplo del mar.
Ved cómo se eleva al cielo
la garza reina en sus galas,
batiendo las blancas alas
y acelerando su vuelo.

(Vuelve a su puesto.)

CONCEPCIÓN.-¡Todo... todo es hermosura
al alma alegre y gozosa;
no a la que triste reposa
en su amarga desventura!

ISABEL.-¿Y qué motivo tenéis
para expresaros así?
¿No tenéis confianza en mí,
para que así os reservéis?

CONCEPCIÓN.-De ti, Isabel, yo confío,
mas... temo descubrirte hoy
que la tristeza en que estoy
es hija del amor mío.

ISABEL.-No os comprendo.

CONCEPCIÓN.-Pues escucha
la causa de mi dolor,
y verás que éste es menor
que la causa de esta lucha.
Aquella noche de espanto
en que corrió sangre aquí,
¡Isabel! fue para mí
noche de horror y de encanto.
De encanto, ¡sí! porque en ella,
vuelta en mí, me contemplé
en un pecho que estreché
en medio de mi querella.
Pecho que en la guerra dura
benigno salvó mi vida...
y la que yo agradecida
le consagré con ternura.
Por eso las horas paso
en triste melancolía;
por eso en mi fantasía
con esta pasión me abraso;
por eso miras mi frente
tan pálida, tan marchita,
porque aquí, Isabel, palpita,
¡ay! un corazón que siente.
Y cada día, cada hora,
más me abrasa el corazón,
y me finjo en mi ilusión
su presencia encantadora.

Por eso ya los placeres
de mi pecho se alejaron.
Por eso de él se ahuyentaron
los goces de las mujeres.
¡Por eso nada en el mundo
espero más que llorar!
¡llorar sólo y suspirar
alivia un dolor profundo!

ISABEL.-¡Me asombráis! es un error
querer con tal frenesí:
¡yo nunca quisiera así!
eso es locura, no amor.

CONCEPCIÓN.-No te asombres, que en el pecho
placer este amor inspira,
aunque mires que suspira
en llanto y dolor deshecho.
Es cierto, inspira placer;
mas, ¡ay! cuando el alma muda
en sus esperanzas duda... (Llora.)
no sé, Isabel... soy mujer.

ISABEL.-¡Me asustáis!

CONCEPCIÓN.-Sí, Isabel, sí...
una ocasión le miré;
una vez... pero le amé
con delirio y frenesí.
Y tres años se han pasado
sin que yo le vuelva a ver...
¡ay! ¡tal vez a otra mujer
ama, de mí ya olvidado!

ISABEL.-¿Y una mirada fue mucho
para inspiraros delirio?

CONCEPCIÓN.-Su mirada es mi martirio,
martirio en que triste lucho
con mi pasión.

ISABEL. ¿Y ese amante,
a dónde fue? ¿dónde está?

CONCEPCIÓN.-Ignoro dónde estará:
por eso estoy delirante.

En ese día ominoso
de la invasión de la villa,
perdió la hija de Mantilla
su consuelo y su reposo.
Y sólo conserva, avara,
en este pecho que arde,
una esperanza que tarde
la ha venido a ser tan cara.
¿Su amante? tal vez partió
para no volverla a ver...
¡ay! ¡acaso a otra mujer
su amor... su amor consagró!

ISABEL.-¿Y por qué no hacéis lo mismo
con vuestro primo, que os ama?

CONCEPCIÓN.-¡Porque mi pecho se inflama!
porque estoy... en un abismo.
¿Cómo podré yo olvidar
al que entre balas y fuego
solo, me libró de Diego,
de ese azote de la mar?
¿A quién quieres, di, Isabel,
que me rinda agradecida,
sino al que salvó mi vida;
sino a él, y sólo a él?
¿Sin ese mortal, qué, dime,
de mí en esa noche fuera?
Mi alma su bondad venera
y con esperanza gime.
¿Con tanto pirata atroz,
mujer sola y desmayada...
qué hubiera sido? Afrentada
sin aquel ángel de Dios.
Por eso le guarda fiel
mi pecho todo su amor;
porque si él salvó mi honor,
yo debo vivir para él.

ISABEL.-Oigo pasos... viene alguno,
y don Fernando ha de ser. (*Vase.*)

CONCEPCIÓN.-A hacerme más padecer
con ese amor importuno.

ESCENA II

(Concepción y don Fernando que sale de las piezas interiores.)

FERNANDO.-Conchita, ¿sola estás? ¿siempre afligida!
¿Melancólica siempre en mi presencia!
¿Te agrada, no es verdad, mucho mi ausencia?

CONCEPCIÓN.-¿Por qué, Fernando? No, ésta es la vida
que Dios me concedió.

FERNANDO.-¿Cuando mi anhelo
es tenerte contenta, prenda mía;
cuando el sol eres, de mi hermoso día;
cuando eres tú mi dicha y mi consuelo,
no te muestras alegre ante mis ojos?
¿siempre triste! ¿por qué, porque te adoro?
¿porque eres mi placer tú, mi tesoro?
¿y me recibes siempre con enojos?
¿Hasta cuándo, mi bien, benigna acoges
esos suspiros de mi pecho amante... ?
No, mi Conchita, no: no te sonrojes,
ni apartes de mis ojos tras miradas.
¿Te enojas, prenda mía?
¿Me desechas así? ¿Así te enfadas?
¿Siempre has de ser a mis halagos fría?
¿Ni una sola esperanza ha merecido
el que te adora con ferviente anhelo?
Un rayo de esperanza
despidan tus miradas, bien querido.
¿No te apiada mi afán, mi ardiente celo?

CONCEPCIÓN.-No, Fernando: callártelo quería.

FERNANDO.-¿Me lo dices, ingrata!

CONCEPCIÓN.-¿A qué ofenderte?
¿Acaso tengo culpa en no quererte?

FERNANDO.-¿Cuando blanda a mis ruegos te creía,
me lo dices, ingrata! ¿me lo dices?
¿Tengo aquí algún rival más venturoso,
para arrancar su corazón odioso?
¿Por quién mi ardiente amor así maldices?
Dime ¿por quién?

CONCEPCIÓN -Por el destino fuerte
a que amor se sujeta en esta vida.

FERNANDO.-¿Luego amas a otro... di, prenda querida?
¿amas a otro feliz, de mejor suerte?

CONCEPCIÓN.-Amo; es verdad...

FERNANDO.-¿A quién?

CONCEPCIÓN.-¡ Y lo preguntas... !
¿A quién he de amar yo, sino a mi madre;
a mi madre no más, pues que en mi padre
la dicha y paz del alma perdí juntas?
¿Ya sabes a quién amo?

FERNANDO.-Tú me engañas.
Yo tengo algún rival que me ha robado
mi existencia, Conchita, y con patrañas
quieres dejarme, ingrata, así burlado.
¿Por qué lloras, por qué? ¿porque adivino
la causa de mi mal? ¿Por eso lloras?
No ocultes, no, tus prendas seductoras
no me ocultes tu rostro peregrino.

CONCEPCIÓN.-¿Por qué me cansas con tus necios celos?

FERNANDO.-¿Por qué me cansas con desdén tan duro?
¿Por qué tu pecho, formidable muro,
se resiste al afán de mis desvelos?

(Momento de silencio.)

Adiós, Conchita... adiós... sé que te enfada,
y mucho te molesta, mi presencia.

CONCEPCIÓN.-No lo pienses, Fernando.

FERNANDO.-*(Está encargada
la madre, de vencer su resistencia.)*

ESCENA III

(Concepción y, después, doña María.)

CONCEPCIÓN.-¿Estas son las dichas que gozar debía?
¿que fingí en mi mente, loca de placer?
¿éstos son los goces, ¡ay! de una mujer?
¿a esto se reduce toda su alegría?
¿Por qué, ¡oh Dios! los mismos que la suerte mía
feliz hacer quieren, causan mi dolor?
¿por qué, ¡oh Dios! me cansan con tan necio amor?
¿por qué no me dejan respirar un día... ?
¿Por qué tú, extranjero, dueño de mi paz,
no volviste a verme cuando yo te adoro?
¡ay! ¿enjugas a otra su amoroso lloro?
¡fue tu amor, ingrato, fue tal vez fugaz!
¿Cuando gimo, ¡ay triste! tú has de ser falaz?
¿cuando aquí en mi pecho do tu afecto labra,
llevo un dardo siempre, nunca tu palabra
nunca, fermentado, me dará solaz?
¿No te acuerdas ahora de la noche hermosa,
¡ay! en que tu pecho junto al mío latió?
¿no recuerdas ahora lo que allí juró
a ésta que se hallaba junto a ti dichosa?
¡Oh! ¡no seas ingrato! ¡mírame llorosa!
¡vuelve a verme presto, vuelve por piedad!
¡ah! ¡jamás olvides a esta que amorosa...!
¡oh! ¡no uses conmigo tanta falsedad...!

(Se sienta.)

DOÑA MARÍA.-*(Siempre pensativa está,
como en su mal abismada;
nada la divierte, nada,
pobre niña, ¿qué tendrá?)*

CONCEPCIÓN.-¿Vos sois, madre? *(Levantándose.)*

DOÑA MARÍA.-Sí, hija mía.
Tan sola, ¿qué haces aquí? ¿pensando...?

CONCEPCIÓN.-No, madre.

DOÑA MARÍA.-Sí;
siempre en tu melancolía.
Tú no abres tu corazón
a una madre que te adora;
que por verte triste, llora;

y causas tú su aflicción...
¿Quién más que yo debe amarte?
¿Quién anhela tus placeres?
¿Quién, hija, en tus padeceres
mejor puede consolarte?
¡Hija mía, algo me ocultas
¿no tienes confianza en mí...?
¿Te turbas?

CONCEPCIÓN.-No, madre.

DOÑA MARÍA.-Sí
algo en tu pecho sepultas.
Desde el día de la invasión,
adusta siempre te miro:
de cuando en cuando un suspiro
sale de tu corazón.
Tal vez mucho padeciste
en tan espantoso día...
¿Te turbas?

CONCEPCIÓN.-No, madre mía.

DOÑA MARÍA.-¿Acaso algún mal sufriste?

(Momento de silencio.)

Pues bien, mi Concha, tú que eres
mi único alivio y contento,
quiero calmar tu tormento
y volverte a los placeres.
Tú que naciste cual flor
que engalanara mi vida,
tú que eres mi hija querida, t
ú que eres todo mi amor,
¿me negarás, hija mía,
me rehusarás un consuelo?

CONCEPCIÓN.-Sabéis, madre, que es mi anhelo
complaceros noche y día.

DOÑA MARÍA.-Sí lo sé, y por eso quiero
pedirte tu parecer,
porque, hija, sé que ha de ser
prudente, justo y sincero.

CONCEPCIÓN.-¿A qué fin, madre?

DOÑA MARÍA: Fernando,
que con frenesí te adora,
me pidió tu mano ahora,
y le dije...

CONCEPCIÓN.-¡Estoy temblando!

DOÑA MARÍA.-Que si tu esposo ha de ser,
tierno amante ha de quererte ¿consientes?

CONCEPCIÓN.-¡Antes la muerte, señora, si es menester...!

DOÑA MARÍA.-¿Tal dices?

CONCEPCIÓN.-¡Ah, madre mía!
¡no puedo ser yo su esposa!
Perdonadme: en otra cosa
obedeceros querría.

DOÑA MARÍA.-No te atormentes, que yo
no pretendo tu amargura
aumentar: tú mi dulzura,
¿querer tu mal? hija, no,
no es posible.

CONCEPCIÓN.-¡Madre mía!
¡Perdonad mi desatino perdonadme!

DOÑA MARÍA.-¡Ángel divino!
yo franqueza te pedía:
si Fernando no te agrada,
¿a qué contristarte así?
¿No tienes confianza en mí?
¡No llores!

CONCEPCIÓN.-¡Ah, madre amada!

DOÑA MARÍA.-Creí que con esto mi hija
disfrutara de placer.

CONCEPCIÓN.-No, madre.

DOÑA MARÍA.-Tú eres mujer...
mas este amor no te aflija:
yo sólo quisiera verte

alegre siempre y serena,
del mal y pesar ajena.

CONCEPCIÓN.-¡Si buena fuera mi suerte!

ESCENA IV

(Dichas y don Fernando.)

FERNANDO.-Ustedes aquí encerradas
(Se oye música.)
y tan pensativas... tan...
vamos presto a San Román,
que allí va la gente a oleadas.

DOÑA MARÍA. ¿Y qué?

FERNANDO.-La víspera es
del milagroso patrón;
va la gente en procesión
ejercitando los pies.
Esa música allí va;
están todos en la playa.
Vamos, tía... Concha...

DOÑA MARÍA.-¡Vaya !
Ya que tan alegre está...
¿Quieres ir, Conchita?

CONCEPCIÓN.-¿Yo?
si queréis vamos allí.

DOÑA MARÍA.-Pregunto si quieres.

CONCEPCIÓN.-Sí.
(Mal haya quien invitó.)

FERNANDO.-Ahora que, declina el sol
y se sepulta en las ondas,
no está bien, Concha, te escondas;
reemplaza tú su arrebol;
y ocultando su luz tibia
al soplo de blanda brisa,
el aliento de tu risa,

que cualquier tormento alivia,
haz que sople blandamente
siendo tú delicia allí,
no te encierres, Concha, aquí,
do se marchita tu frente.

CONCEPCIÓN.-Ahora viniste cortés,
y con demasiado humor.

FERNANDO.-¿Cuándo no, aunque mi amor
ajando estás con tus pies?

(Entra Isabel con luz.)

CONCEPCIÓN.-Voy a salir, Isabel:
trae mi mantilla y collar.

ISABEL. Sí, señora. (Así olvidar
podrá su tormento cruel.)

(Vase, y luego vuelve con algunos adornos y una mantilla.)

DOÑA MARÍA.-¿Y van allí muy compuestas?
¿De lujo o de traje llano?

FERNANDO: Las que se fueron temprano
están ricamente puestas.

CONCEPCIÓN.-Con este traje voy yo,
que ya la noche no tarda.

FERNANDO.-Ese traje humilde, guarda
lo más seductor.

CONCEPCIÓN.-O no.

FERNANDO.-Algazara... ¿qué será?
(Asoma al balcón.)
alboroto... tanta grita...
Es una chusma maldita
de muchachos, que se está
tras de un viejo. -Que lo, dejen.

(A los de la calle.)

¡Es un pobre!

(En la calle, uno.)

No, señor:
es el brujo pescador.

FERNANDO-Dejadlo: ¡que de él se alejen!

(El pescador se sienta en frente de la ventana. Concha estará viéndole.)

ISABEL.-¿Os prendo aquí en la cabeza?

CONCEPCIÓN.-Prende: no está bien así.

ISABEL.-¿Qué tal? ¿Está bien?

CONCEPCIÓN.-Sí, Sí
vamos, Isabel, presteza.

PESCADOR.-"Cruza los mares que un tiempo
(Canta.)

bogaba sin padecer:
tiene colgada la espada
que en Campeche terror fue.
En su ilusión amorosa
olvida su dolor cruel:
estar en tus brazos sueña
gozando de su placer.
Cantando está su tormento,
y su eco dice: mujer,
algún día, oh criatura,
nos veremos otra vez."

(Desaparece.)

CONCEPCIÓN.-¡Ésa fue su fiel promesa...
estabais también presente!

(Se desmaya.)

DOÑA MARÍA.-¡Ah Conchita !... ¡qué accidente...!
está desmayada ya.

FERNANDO: Desmayada está: tenedla.
Ya todo lo he descubierto;
lo que pensaba era cierto;

ya no lo puedo dudar.
Sí, no hay duda que ella adora
a un hombre desconocido,
y que infernal la ha ofrecido
muy pronto volverla a ver.
Amar Conchita... ¡oh Dios mío!
¡entregar su amor a un hombre
que no sabe ni aun su nombre,
y despreciarme por él...!
¿y estoy aquí? ¿y yo no vuelo
tras ese viejo mendigo,
que fue el infernal testigo
del juramento tal vez...?
¡Lo sabré, viejo maldito!
¡Infeliz! teme mi furia,
que he de vengar esta injuria
de la manera más cruel. (*Vase.*)

ESCENA V

(*Concepción, doña María e Isabel.*)

ISABEL.-¡Danos, San Román, consuelo!

DOÑA MARÍA.-¡Concepción, hija, respira!
Ya vuelve.

ISABEL.-(!Esto me admira!)

CONCEPCIÓN.-Se me... oprime... el... corazón...

DOÑA MARÍA.-Tómala tú por un brazo,
y al cuarto vamos con ella.

ISABEL.-(!¿Qué causará su querella?)

DOÑA MARÍA.-Llevémosla entre las dos.

(*Vase, y queda sola la escena un momento.*)

ESCENA VI

(Fray Juan Benavente y, después, Fernando.)

FRAY JUAN: Todo en silencio... no entiendo:
¿se habrá armado algún belén?
Por ahí Fernando corriendo;
(Señala a la derecha.)
por aquí el brujo también
(A la izquierda.)
bien va si le va siguiendo.
Sospecho que... no es posible:
a estarlo, le hubiera visto
a no volverse invisible.
Si viene... ¡líbreme Cristo
de un encuentro tan terrible!
Dos cosas me inquietan mucho:
esa funesta pasión
de Concha, y la obligación
que tengo de... ¿mas qué escucho?
Fernando: a buena ocasión.

ESCENA VII

(Fray Juan Benavente y don Fernando.)

FERNANDO.-Padre, ¿qué decís? Conchita
da su firme amor a un hombre
que conocéis... me la quita;
pregunto ¿cuál es su nombre?
¿Quién a tal se precipita?
Decidme: aquel extranjero
que del templo la alejó,
que a un anciano la encargó,
¿en dónde está? verle quiero,
quiero conocerle yo.
A ese hombre tan misterioso
y que me hace desgraciado,
que su afecto me ha robado,
verle quiero el rostro odioso.
¿Quién es ese afortunado?
¡Vos lo sabéis, padre mío!
Delirante, inquieto estoy:
decídmelo para, que hoy
su corazón deje frío:
ved que insensible no soy.

Si verle pudiera yo
por sólo una vez siquiera,
al punto le conociera:
ese bien que me robó
con su sangre me volviera:
al verle, al oír su voz...

FRAY JUAN.-Cálmate un tanto, Fernando:
no te inquietes: sólo Dios
da el remedio.

FERNANDO.-De los dos
uno ha de vivir matando.

FRAY JUAN.-Él sólo dominio tiene
en el corazón humano:
de Concha tendrás la mano
si tenerla te conviene
no te exasperes en vano:
algún día te la dará
mira las cosas con calma;
Él tu dicha dispondrá,
y los tormentos del alma
y tu mal aliviará.

FERNANDO-¡Ah! si yo llegara a ver
a ese mi infame rival,
indigno de tal mujer,
vengaría en él mi mal
mas lo he de buscar doquier.

FRAY JUAN.-¡Tu rival!... mucho me asombras ~
con tantas exclamaciones.
Escucha bien mis razones,
y a ese rival que tú nombras
llenándole de baldones,
le has de vencer, sí, Fernando:
en estos casos el hombre
mostrarse debe más blando.

FERNANDO.-Decidme al menos su nombre
si os cansa estarme escuchando.
A un incógnito ama, sí;
le adora con frenesí...
algún infame quizás,
que envuelto en negro disfraz

tanto se oculta de mí.
Hoy el brujo pescador
tras la ventana sentado
unos versos ha cantado:
Concepción, llena de amor,
al escuchar al malvado
exclamó en muy alta voz:
"¡he allí su firme promesa:
estabais presente vos!"
Ella misma lo confiesa;
¡decidme, quién es por Dios!
No hay duda aquel extranjero
que vos decís la salvó,
ése, su amor me robó:
ahora mismo verle quiero;
decidme ¿adónde marchó?
Y ese pescador anciano,
ese andrajoso mendigo,
sin duda que fue el testigo
de haber dado ella la mano
a mi rival y enemigo.
¡Vos me dejáis padecer,
y no me decís su nombre!

FRAY JUAN.-Ya te dije qué has de hacer:
muestra valor como un hombre,
y no llores cual mujer.

ISABEL.-Puede pasar adelante
(Entrando.)
su paternidad.

FRAY JUAN.-Ya voy.

(Vanse Isabel y Fray Benavente.)

ESCENA VIII

(Fernando solo.)

FERNANDO.-Que se me hubiese escapado
de las manos... ¡ah! si no,
viejo maldito, el secreto
sacara del corazón.

Y Conchita adora a otro...
Da a un incógnito su amor...
de mi existencia reniego,
reniego... ¡ah! ¡maldición!
no se puede esto sufrir:
yo me abraso con furor.
¡Cómo arrancara a ese pecho
el amor que me robó!
¡sacarlo entre borbotones
de sangre... tenerle hoy
entre mis manos convulsas
para saciar mi rencor!
Despedazar sus entrañas,
sin tenerle compasión...
¡ah! ¡desdicha! Y no bastara
para saciarme... no, no:
toda su sangre es muy poca
para aplacar mi furor.

(Entra en el cuarto de doña María.)

ESCENA IX

(El brujo pescador y Diego, embozados.)

PESCADOR.-La madre muy empeñada
en casarla con García.

DIEGO.-¡Y ella tal vez lo querría!

PESCADOR.-Me parece que...

DIEGO.-Agitada
mi mente, rabia, delira.
¿Y no habrá ningún consuelo?
¿Por qué ese arcángel del cielo,
crudos tormentos me inspira?

PESCADOR.-No, hijo: sé que te adora.

DIEGO.-¿Sí, padre? ¿Lo sabéis vos?

PESCADOR.-Sí, Diego.

DIEGO.-Bendiga Dios
la virtud que en su alma mora.
¡Yo, que he venido afanoso
entonando mi querella,
y me he burlado por ella
del huracán borrascoso;
yo, que en secreto a la villa
penetro en la noche oscura,
para mirar la luz pura
que en sus negros ojos brilla;
¡venir, y hallarla, Dios mío,
en poder de otro... ! la muerte
fuera más dichosa suerte,
que ese mal del hado impío.
¡Mas venir, y hallarla tierna,
constante, triste, amorosa,
y que suspira llorosa,
y que mi memoria eterna
se halla grabada en su pecho,
y su corazón palpita,
y tiembla, y gime, y se agita,
en amarguras deshecho...
eso sí es grande, sublime,
cual la mar dominadora,
que con la tormenta gime,
y sonrío con la aurora!

PESCADOR.-Alguien viene, Diego.

DIEGO.-Sí,
oigo pasos.

PESCADOR.-A la puerta
salte, que yo estaré alerta.

DIEGO.-¿Y os han de encontrar aquí?

PESCADOR.-Con semblante tan variado...
con traje de limosnero,
a pedir algún dinero
juzgarán que aquí me he entrado.
Ya se acercan. Salte.

DIEGO.-Voy;
mas si a Concha puedo hablar...

(Sale Diego.)

PESCADOR.-Descuida.

ESCENA X

(El brujo pescador y Fray Juan Benavente.)

FRAY JUAN.-Con descansar
(Hablando con los de adentro.)
quedará buena desde hoy.

(Observa al pescador.)

Buen hombre, ¿qué se os ofrece?

PESCADOR.-Cuando hablaros necesito,
no he de parar en los medios
de que sepáis mi conflicto:
a buscaros, presuroso
hasta esta casa he venido,
porque es muy interesante
lo que me ocurre.

FRAY JUAN.-El camino
de mi convento sabéis;
si gustáis, allí rendido
a vuestras órdenes, luego
os espero, buen amigo.

(En acción de irse.)

PESCADOR.-ES que el caso es algo raro,
y de pronto solicito
que permanezcáis aquí,
sujeto... no a mi capricho.
No, os respeto; sí, os venero;
mas Diego que allá escondido...

FRAY JUAN.-(!Diego siempre!)

PESCADOR.-Hablaros quiere:
de todos modos me dijo
que de conseguirlo había
en aqueste lugar mismo.

No ha de entrar hasta que vos
me digáis breve, conciso,
si acaso vendrán de adentro
a sorprendernos.

FRAY JUAN.-Colijo
que no, pues que recogidas
quedaban ya. (Y aun el primo
pensaba pasar la noche.)

PESCADOR.-¿Con que... A Diego doy aviso?

FRAY JUAN.-Decidle que entre.

PESCADOR.-¡Qué gozo
para el bizarro marino!

(El pescador hace seña para que entre.)

ESCENA XI

(Dichos y Diego, embozado, en la puerta.)

PESCADOR.-Nada temas.

DIEGO.-¡Temor! no lo conozco;
pero no sé por qué, cuando presumo
que a verla voy, que escucharé dichoso
de entre su labio cariñoso y puro
mi ventura en su amor...

PESCADOR.-Vamos, acércate,
y al reverendo padre...

DIEGO.-Yo os saludo
con afecto especial: que muchas veces
de un grato sueño al delicioso arrullo,
he visto vuestra sombra acompañando
con paso noble, y por demás seguro,
al ángel de mi amor, que así inocente
transita bella por el mar del mundo,
por en medio a sus olas borrascosas
que arrollan la virtud.

FRAY JUAN.-Cuando te escucho,
parece que en el pecho ocultas firme...

DIEGO.-¡Una esperanza! a la que vos no mudo
os mostraréis. ¡Oh! no, sabed que ansioso
contemplar a mi bien o más procuro,
y vos seréis el medio.

FRAY JUAN.-¿Yo?

DIEGO.-Sí, luego.
Compasivo seréis, yo no lo dudo;
recordad al presente el juramento;
vengo a exigirlo, sí; ¿seréis perjuro?

FRAY JUAN.-¡Diego! la lengua ten, y no me insultes.
¿Qué juramento? ¿cuál?

DIEGO.-Señor, ¿qué escucho?

FRAY JUAN.-No me acuerdo de él.

DIEGO: ¿Halo olvidado?
¿El viento se llevó, cual lleva el humo,
vuestra palabra, padre?

FRAY JUAN.-No te entiendo.
Juré callar tu nombre, que un minuto
no debiera ocultarse: lo he cumplido.
¿Qué otra cosa ofrecí?

DIEGO.-¡Seréis tan duro!
¿No me ofrecisteis, padre, que vería...
y que el medio...

FRAY JUAN.-No más: ¿tan gran insulto,
insolente, me has hecho? ¿tal presumes?
por San Román que yo...

DIEGO.-¡Todo esto sufro... !
Sólo a vos, a quien tanto he respetado,
perdono tal ultraje; pues ninguno...

FRAY JUAN.-¡Eh! basta ya de hablar:
yo te he cumplido mi palabra.

DIEGO.-¡ Es verdad! (¡Trance más crudo!)
¡yo que la puse del oprobio en salvo...!

(El pescador habrá estado observando si alguien viene por dentro.)

¿Triste y perdida entre las armas y humo
que en Campeche el terror sólo sembraban;
seguros los piratas de su triunfo,
juzgando el mundo a su ambición estrecho,
y viendo un ángel que embellece al mundo,
no la hubieran hollado, si en mis brazos
no la escudaran su virtud mis puños?
¿Hallándome con ella, sin que nadie
perturbarme pudiese, quién contuvo
el ímpetu liviano que a los hombres
al crimen siempre con horror condujo?
¿Por qué la respeté? ¿por qué en mis brazos
su rostro contemplé pálido y puro?
¿Por qué, pues, preservé la flor hermosa
del vil aliento, destructor e inmundo?
¿Quién el rapto estorbó? ¿quién me impedía
unir mi seno junto al seno suyo...?
¿Cuál esperanza alimentó mi pecho,
y qué ilusiones se fingió mi orgullo,
al desprender de mí la que adoraba,
sino el verla otra vez, fiando seguro
de un religioso en la promesa sola...?
¿Y esto es, decid, de mi conducta el fruto?
¿hallaros siempre a mis clamores sordo?
¿hallaros, padre, a vuestra fe perjuro?

FRAY JUAN.-¡Tantas virtudes te enriquecen, Diego!
¡Tantas virtudes te ennoblecen mucho!

(Con intención.)

Mas ahora, dime tú: ¿quién fue el infame,
que en pos dejando destrucción y luto,
nuestra villa esquilmo? ¿quién el perverso
que la sangre vertiendo furibundo,
y a sus hermanos sin piedad matando,
a mil escollos a Conchita expuso?
Respóndeme, ¿quién fue? ¿no el mismo que ahora
me ofende altivo, mientras más le escucho?
Si tú causaste el mal, si tú perverso
su existencia expusiste, ¿no era justo

que su existencia con su honor salvases,
rindiendo humilde a la virtud tributo?

PESCADOR.-Se acerca ya Isabel.

FRAY JUAN.-¿Aquí te quedas?

DIEGO.-Aquí me quedo, sí.

FRAY JUAN-(También el brujo...
En acecho estaré por si intentasen
algún atrevimiento...) (*Vale:*)

DIEGO.-¡Ay! ¡sangre sudo!

ESCENA XII

¡Dichos menos Fray Juan, y luego Isabel.)

PESCADOR.-¿A todo se negó?

DIEGO.-Sí.

PESCADOR.-Deja, conseguir espero
algo más de su criada... hazte a un lado.

DIEGO.-Os obedezco.

ISABEL.-De veras que ya os hacía (Sin verlo.)
rezando en vuestro convento,
y me asombra el encontraros en este lugar.

PESCADOR.-Entiendo.

ISABEL.-¡Ah! ¿quién sois? decid, aquí... (*Al verlo.*)
¿por quién venís?

PESCADOR.-¡Chit! ¡silencio!

ISABEL.-Pero decid...

PESCADOR.-Oye, escucha,
cálmate, Isabel.

ISABEL.-Sí, pero...

PESCADOR.-Yo soy el que aquí ha cantado
tras la ventana unos versos;
no tienes más que saber.

ISABEL.-¿Y qué queréis?

PESCADOR.-Lo que quiero,
más despacio lo sabrás.
¿Conchita está ya durmiendo?
responde.

ISABEL.-No, señor, no.

PESCADOR.-¿Y la madre?

ISABEL.-En su aposento
está recogida ya.
(Según esto va... sospecho...
pero, antes de todo, escuche.)

PESCADOR.-A hacerle un servicio vengo:
sé que está desesperada,
porque no ha visto hace tiempo
a un joven que adora mucho.

ISABEL.-¿Y cómo sabéis...

PESCADOR.-Sé esto
como se saben las cosas.
Anda y dila que la espero;
mas no la digas quién soy,
sino que es el reverendo
Fray Juan quien la quiere hablar,
y mientras la dices esto
y le dispones el ánimo,
tu aviso allí fuera espero:
¿Me entiendes?

ISABEL: Sí, señor, sí.
(Antes le tenía un miedo... pero ahora que sé...)

PESCADOR.-¿Aún no vas?
anda pronto.

ISABEL.-Vuelvo presto. (Vase.)

DIEGO.-Mas si viene, vos velad;
porque si la madre...

PESCADOR.-En eso
déjame a mí que sabré...

DIEGO.-Padre, ¡cuánto os agradezco!

PESCADOR: (Diego al fin bien me obedece,
y así servirle yo debo.
¡Pobre de él! se sacrifica,
y no le sopla buen viento.) (*Vanse.*)

ESCENA XIII

(*Concepción e Isabel.*)

CONCEPCIÓN.-¿Y el padre Juan?

ISABEL.-Esperad
no es el padre.

CONCEPCIÓN.-No te entiendo.

ISABEL.-Tened más tranquilidad:
es otro.

CONCEPCIÓN.-Menos comprendo,
si no aclaras la verdad.

ISABEL.-Si pudierais ver al dueño
de ese frenético amor...

CONCEPCIÓN.-Calla, Isabel, todo es sueño
para mí, cuando halagüeño
oigo ese nombre.

ISABEL.-Valor.

CONCEPCIÓN.- ¡El amor...! ¡ilusión bella
que halaga mi fantasía!
dulce ilusión, cuya huella

mi desventurada estrella
estampó en la mente mía.
Y cuanto más lo acaricio,
con melancólico afán,
lo miro menos propicio,
y nunca, del bien; indicio
estos mis ojos verán.
Ardiente el alma se lanza
de esta lóbrega inquietud,
mira bella su esperanza,
y luego... ¿qué es lo que alcanza?
¡las sombras del ataúd...!
No más te goces tirana,
en aumentar mi dolor.

ISABEL.-No lo creáis.

CONCEPCIÓN.-¡No inhumana,
seques en su edad temprana
la ya marchitada flor!
¿Mas quién me hablaba?

ISABEL.-Un mendigo.

CONCEPCIÓN.-¿Pues no es el padre?

ISABEL.-No es,
sino un viejo, un buen amigo,
en cuyo pecho tal vez
halle la virtud abrigo.
Es... el pescador.

CONCEPCIÓN. ¿Qué dices?
¿Es el brujo pescador?

ISABEL.-El mismo.

CONCEPCIÓN.-¡Sueños felices!
Dile que entre.

ISABEL.-Mas... valor.
(Dos amantes infelices!)

(Sale Isabel a la puerta, y le hace seña:)

CONCEPCIÓN.-Él me dirá si es traidor.

ESCENA XIV

(Dichas, el brujo pescador y Diego, que entra tras de él sin que lo vea Concepción.)

CONCEPCIÓN.-¿Vos por aquí?

PESCADOR.-Sí, señora,
aquí os vine a consolar.

CONCEPCIÓN. ¿Qué nuevas me podéis dar
de aquel que mi pecho adora,
del que me hace delirar?

PESCADOR.-Esta sola.

(Se hace a un lado, se descubre Diego, y se arroja a los brazos de Concepción.),

DIEGO.-¡ Prenda mía!

CONCEPCIÓN.-¡ Eres tú mi salvador!

DIEGO.-¡Tú eres mi única alegría!

CONCEPCIÓN.-¡Tuya soy desde aquel día!

DIEGO.-¡Tuyo, y por siempre mi amor! *(Se sueltan.)*

Lejos de ti, yo he cruzado
con agitación los mares,
y a sus ondas entregado,
mis azarosos pesares
placer en mi alma han sembrado.
Que esa tu imagen divina,
en mi corazón grabada,
entre la luz matutina,
entre la noche callada,
siempre bella, peregrina,
la he visto como una sombra
dentro de un manto de estrellas,
tener al mar por alfombra
con sus móviles centellas,
y escuchando que me nombra.
Y yo, tras esa ilusión,

corría frenético, ciego,
porque hablaba al corazón,
porque encendía más el fuego
de mi ardorosa pasión.
Cuando encapotado el cielo
la tempestad anunciaba,
en mi bien sólo pensaba,
¡sólo en ti! porque mi anhelo
tu imagen acariciaba.
Del trueno y del viento al son,
que los cables sacudía,
palpitaba el corazón,
y al temblor del aquilón
también su temblor seguía.
Cuando el manto ennegrecido
que mar y cielo enlutaba
el relámpago rasgaba,
ansioso a mi bien querido
entre sus luces buscaba.
Y cuando el mar sofocado,
la nave alzaba en sus brazos
para hundirla hecha pedazos,
¡oraba a Dios prosternado,
y él nos une... en dulces lazos!

CONCEPCIÓN.-Y yo con tu larga ausencia
lloraba mi mal a solas,
imploraba tu presencia
que al través de negras olas
se ocultaba a mi dolencia.
Lloraba en el claro día,
lloraba en la noche oscura,
y más mi melancolía,
y más era mi ternura,
que aumentaba mi agonía.

DIEGO.-Si, tú me adoras, cual yo,
Concepción, parte conmigo
serán mis brazos tu abrigo.
¡Ven a mis brazos...

CONCEPCIÓN.-¡Ah! no.
¿Huir de mi casa contigo?

DIEGO.-¡Sí, conmigo, con aquel
que sólo por ti ha vivido,

con aquel que ha padecido
sin tu vista un dolor cruel,
con quien siempre te ha querido...!
¿No me respondes? ¡ingrata!

CONCEPCIÓN.-¡Ten, por Dios, piedad de mí!

DIEGO.-¿Que yo la tenga de ti,
cuando tu desdén me mata,
cuando me engañas así?
¿Dónde está tu amor? ¿en dónde?
¿Qué fue tu pasión? ¿mentira?
¿Y esto juraste? responde.

CONCEPCIÓN.-¡No uses conmigo tal ira!
¡mi pasión no se te esconde...!

DIEGO.-¡Tienes razón! yo veraz
mi corazón te entregué:
perdí por tu amor mi paz;
tú, fementida, falaz,
te has burlado de mi fe.
Cuando venía más ufano
a recibir de ti el precio
de mi amor, con tal desprecio,
¿con desdén tan inhumano
me deshechas ... ? ¡fui muy necio!
¿Te acuerdas, hermosa infiel,
de aquella noche...?

CONCEPCIÓN.-¡Por Dios!

DIEGO.-¿Te acuerdas? cuando al dintel
del templo...

CONCEPCIÓN. ¡Sé menos cruel!

DIEGO.-¿Juntos nos vimos los dos?
Era una noche sombría,
lóbrega como el abismo:
sólo la grito se oía
de los piratas que ahí mismo
se entregaban a su orgía.
La luz fatídica y triste
de las opacas estrellas,
sólo alumbraba tus huellas...

¿A quién socorro pediste?
¿quién alivió tus querellas?
¿No fui yo? di, ¿a quién juraste
gratitud eterna, a quién?
¿No al que reclinó tu sien
en su pecho, que bañaste
con tus lágrimas también...?
¡Y yo, insensato, creí
en tu promesa engañosa!
¡nunca juzgué que una hermosa,
más que bella veleidosa,
burlara mi amor así...!
¡Oh cuánto mejor sería
que mil rayos destruyesen
la triste existencia mía,
antes que mis ojos vieses
una hermosa tan impía!

CONCEPCIÓN.-¿Qué quieres? de mí dispón.
¡Soy tuya, tuya es mi vida!

DIEGO.-¡Qué dices! ¿no es ilusión?
¿no fue tu pasión mentida?

CONCEPCIÓN.-¡Tú lo creíste...!

DIEGO.-¡Perdón!
A cumplirme tu amor ven.

(La toma en sus brazos casi desmayada.)

CONCEPCIÓN.-¡Dios mío! ¡Vela por mí!
ISABEL.-¡Señorita!

DIEGO.-Ningún bien
apetezco junto a ti.

(Al salir, los detiene Fray Juan: salen don Fernando y doña María de su cuarto.)

ESCENA XV

(Dichos, Fray Juan, don Fernando y 'doña María.)

FRAY JUAN.-¡Detén, infame!

FERNANDO.-¡Detén!

DIEGO.-¡Maldición!

DOÑA MARÍA.-¡Ah!

FRAY JUAN.-Miserable.

PESCADOR.-No nos conozcan. (*A Diego.*)

FERNANDO.-Oíd.

DIEGO: Fernando, afuera venid.

FERNANDO.-¿Quién eres, vil, detestable?

PESCADOR.-Detente, huyamos. (*A Diego.*)

DIEGO.-Seguid. (*A don Fernando.*)

(Vanse Diego, el Pescador y don Fernando tras de ellos: Concepción queda en brazos de Isabel; doña María se sienta en una silla; y Fray Juan queda en la puerta, siguiéndolos con la vista,)

ACTO TERCERO

(La misma decoración del Acto Primero: al alzarse el telón, Diego aparece sentado en el banco, y el Pescador entrando.)

ESCENA I

(Diego y el Pescador.)

PESCADOR.-¿Eres tú?

DIEGO.-Sí, padre, sí.

PESCADOR.-¿Me esperabas?

DIEGO.-Y enfadado...
pensé que hubiéseis mudado de intento.

PESCADOR.-¿Mudanza en mí?
Ni lo pienses: lo que ofrezco
sé cumplir; y no te asombre,
que aquel que falta, no es hombre,
sino... no sé...

DIEGO.-¡ Me estremezco!

PESCADOR.-¡A mi palabra faltar...!
Jamás, hijo, nunca.

DIEGO.-¡Padre!
haré lo que más os cuadre; pero...

PESCADOR.-Di: ¿qué vas a hablar?

DIEGO.-Pero, ¿y ella, padre mío?

PESCADOR.-Correrá la misma suerte,
y sucumbirá a la muerte si es su destino.

DIEGO.-¡Estoy frío!

PESCADOR.-¿Quién el cumplimiento evita
del hado funesto, di?
¿Se hallará virtud en ti,
contra la suerte maldita?
¿Tú podrás contrarrestar
su influencia, mortal cobarde?
Creí así; pero más tarde
me vine a desengañar.
¿No me he sometido yo
a sus rigores por ti?
¿No me has ingerido a mí
en tu amor? Dime si no.
¿No he perdido mi reposo
por cuidar de esa mujer?
¿No me has hecho padecer...?

DIEGO.-Sois, padre, muy riguroso.

PESCADOR.-Gustoso expuse por ti
y por ella, mi existencia;
¿Y hoy hallo en ti resistencia?
¿No quieres servirme a mí?

¿Si nos hubiera alcanzado
en nuestra fuga García,
viviera yo más un día?
¿No en mí se hubiera vengado?
¿Y si yo te acompañé
cuando robarla querías,
por qué las órdenes mías?
Dime ¿por qué?
¿no cumples?
¿Has de dejar el camino
que debes seguir, por ella?
Que perezca si es su estrella,
si morir es su destino.

DIEGO; ¿Y otra medida...?

PESCADOR.-Ninguna:
no; la hora está ya fijada...
¿Y mi gente?

DIEGO.-Está emboscada.
(¡Maldita sea mi fortuna!)
Retardar sería mejor,
y disponerlo de modo...

PESCADOR.-Dispuesto lo tengo todo
de nada tengo temor.

DIEGO.-¿Ningún remedio?

PESCADOR.-Ninguno.
No hemos de ceder ni un paso.

DIEGO.-Es muy peligroso el caso,
y puede...

PESCADOR.-Estás importuno.
¿Y tú qué tienes que ver
en esto? ¿no mando aquí?
¿A ti obedecen, o a mí?
¿Tal vez te atreviste a creer...?
en los piratas yo mando.
¿El jefe quién es? ¿tú o yo?

DIEGO.-Perdonad si os ofendió...

PESCADOR.-No me sigas replicando.

DIEGO. Mas decidme, ¿qué motivo excita así vuestra rabia?

PESCADOR.-Porque aquel que a mí me agravia nunca debe quedar vivo.

DIEGO.-Luego...

PESCADOR.-¡Sí, a tu madre infiel
di muerte, y preso y juzgado,
fui por esto condenado
a morir en un cordel!
La justicia no me oyó,
condenándome a tal muerte.
Yo juré vengar mi suerte,
y no he de ceder, no, no.
Pude escaparme, y contigo
prófugo crucé los mares,
entregado a mis pesares
siendo tú sólo el testigo;
mas mi pecho devoraba
aquella sed de venganza,
y cada día la tardanza
más mi cólera inflamaba
mi esperanza puse en ti,
y así que te vi hecho un hombre
vine, mudando mi nombre,
a vivir tan triste aquí.
¡Diego, existen todavía
mis sangrientos enemigos,
hasta ahora necios testigos...
y víctimas este día!

DIEGO. ¿Y no os conocieron?

PESCADOR.-No;
me tienen por un idiota.
De alguna tierra remota
juzgan que he venido yo...
Sí, Diego; para vengar
tamaño agravio te quiero.

DIEGO.-Confiad, padre, en este acero.

PESCADOR: ¿Lo ofreces?

DIEGO.-¿Podéis dudar?
Puedo cumplir mi deber,
y a la que mi pecho adora
salvar también.

PESCADOR.-Sea en buen hora.
Hijo mío habías de ser.
¿Y qué señal?

DIEGO.-En la torre arderá una luz.

PESCADOR.-¿Y qué?

DIEGO.-Un cañonazo mandé. (*Dan las doce.*)

PESCADOR.-Son las doce, Diego: corre.

DIEGO: ¿Y por dónde, he de subir?

PESCADOR.-Es mejor por este lado.

DIEGO.-Allí estaré colocado,
y así los veré batir. (*Súbese a la torre.*)

PESCADOR.-¡Adiós, infeliz! Quizá
no despertarás del sueño;
mientras, gózalo halagüeño
(*Dirigiéndose a la casa de doña María.*)
que la hora llegando va.
Te compadezco, criatura,
que a quien aborreces amas...
¡pobre niña, tú te inflamas
en un amor sin ventura! (*Vase.*)

(*Luce en la torre como un relámpago, y en seguida se oye la detonación de un cañonazo. Aparece Diego sobre la torre.*)

DENTRO.-¡A las armas, a las armas;
que está el enemigo enfrente!

DIEGO.-Alerta estará mi gente.
En vano, pueblo, te alarmas.

ESCENA II

(Tocan a rebato: entran por varias partes Blas, Juan, pueblo y soldados.)

BLAS.-¿Qué novedad?

JUAN.-¡A tal hora...! Algún pirata quizá...

BLAS.-¡Siempre piratas! Y habrá...

JUAN.-Siempre la espada traidora
espera la oscuridad
para invadir.

BLAS.-Otro, escucha
(Se oye un cañonazo.)
tendremos...

JUAN.-¿Sangrienta lucha?
Eso, con seguridad
a defendernos.

BLAS.-Sí, vamos.
Pero esta invasión me aterra.
¿Mas... al capitán a guerra,
y a los otros, no esperamos?

ESCENA III

(Dichos, y Rodríguez.)

RODRÍGUEZ.-¿Qué novedad?

BLAS.-Capitán,
son tal vez filibusteros.

RODRÍGUEZ.-También tenemos aceros.

JUAN.-Mas dentro de la villa están.

RODRÍGUEZ.-*(Y ningún medio tenemos
de disponer la defensa...)*
Vengaremos tal ofensa:
insultar no nos dejemos.

JUAN.-Hacen ya en la batería
resistencia, fuego.

RODRÍGUEZ.-Sí
marchemos todos allí
no hay que mostrar cobardía.

BLAS.-¡Fuego! ¡Fuego en San Román!

JUAN.-Ya todos somos perdidos.

RODRÍGUEZ.-No hemos de quedar vencidos.

TODOS.-¡Fuego en Guadalupe!

BLAS -Están
ya los barrios incendiados.

RODRÍGUEZ.-Vamos allí.

JUAN.-Vamos.

TONOS.-Vamos.

BLAS.-A impedirles.

RODRÍGUEZ.-Sí, corramos
contra tan viles malvados.

(El incendio va creciendo hasta abrasar la casa de doña María.)

ESCENA IV

(Don Fernando, soldados y luego Isabel.)

FERNANDO.-Soldados, ¡adentro! ¡adentro!
Entremos presto en la casa,
que ya el incendio la abrasa...
(Muerto soy si no la encuentro.)

(Al entrar, sale Isabel.)

ISABEL.-¡Socorro, señor, piedad,
que toda la casa se arde!

FERNANDO.-Metámonos que aún no es tarde.

ISABEL.-¡ Dios mío, tanta crueldad!
Ardiendo está el aposento
en que dormidas estaban.

FERNANDO.-¡Oh maldición...! no notaban...
pero seguidme... al momento...
del fuego la he de sacar,

(Diego baja de la torre.)

o he de perecer con ella...

(Quieren entrar, y les hace retroceder el fuego.)

¡Maldita siempre mi estrella!

ISABEL.-¡Que no se puedan librar!

FERNANDO.-Salvarlas ya no es posible:
está la casa ya ardiendo.

ISABEL.-¡ Y están allí pereciendo...!
¡tanto mal es ya insufrible!

ESCENA V

(Dichos, Diego y luego doña María y Concepción.)

DIEGO.- (¡Audacia! ¡Voy a salvarla!
¡No me abandones, valor!)
Canalla vil, ¿el temor
así os hace abandonarla?

(Entra y quedan todos estupefactos: saca a doña María y a Concepción; la primera queda en brazos de Isabel y la segunda en un banco,)

ISABEL.-Bendito seáis, señor,
que habéis librado a mis amas
de tantas voraces llamas,
del estrago y del horror.

DIEGO. ¿Perecen vuestras madres desgraciadas,
rindiendo al fuego su existencia triste,
y en tal conflicto vuestro amor no asiste,
a tantas que llamáis prendas amadas?
Acaso el miedo, en vuestras venas
hiela el valor, gente vil... ¡Por vida mía,
que si os quedáis aquí, haré que os duela,
y que os pese también tal cobardía!

FERNANDO.-¿Quién es el insolente que vil osa
insultarnos así? ¿cuál es su nombre?

DIEGO.-El que os habla, Fernando, es todo un hombre,
que la prenda os disputa más hermosa.
Temblaréis al oírlo, si os lo digo.

FERNANDO.-¡Yo! ¿Temblar? Pues decidlo, que os lo mando.

DIEGO.-¿Vos lo queréis saber? pues bien, Fernando...

FERNANDO.-Pronto.

DIEGO.-Escuchadlo: soy... vuestro enemigo.
Diego el Mulato soy.

TODOS.-¡Diego el Mulato!

FERNANDO.-¿Tan vil nombre profieres insensato?
¿Diego el Mulato, tú? Tú mi contrario.

DIEGO.-Tu sangriento rival...

FERNANDO.-Tú eres amante...

DIEGO.-De tu prima, Fernando.

FERNANDO.-¿Al temerario
que ha matado a su padre ama constante?

DIEGO.-Sí.

FERNANDO.-Tú eres mi rival, ¿y no he sacado
tu impuro corazón, vil, detestable?
¡Defiéndete, si quieres!

DIEGO.-¡Miserable! (*Lo atacan todos.*)
¿Quieres morir? Pues muere desdichado.

ESCENA VI

(Dichos, Rodríguez y soldados.)

RODRÍGUEZ.-Aquí tenéis al invasor infame...

DIEGO.-Justo es que aquí mi sangre se derrame.
¿No os da vergüenza tantos contra uno?
Pueblo que así se junta, es vil, cobarde.

FERNANDO.-No quiere hacer de su pujanza alarde.
Es contra mí, vuestro valor, ninguno.

DIEGO.-Pues venid solo.

RODRÍGUEZ.-No, todos queremos.

FERNANDO.-Dejadlo.

RODRÍGUEZ.-No, que el pueblo hoy ofendido...

DIEGO.-Cobardes, ¡ah! ¡Porque me veis rendido...!

(Hierde a don Fernando.)

No estéis confiados: presto lo veremos.

(Concepción vuelve en sí: pasa entre todos y lo abraza. Cesa un momento el combate.)

CONCEPCIÓN.-Dejad, ingratos, al que me ha salvado, mi bienhechor.

FERNANDO Y RODRÍGUEZ.-No, no.

CONCEPCIÓN.-Sí, sí, dejadlo.

RODRÍGUEZ.-Mirad a vuestro primo ensangrentado:
miradlo bien, señora: sí, miradlo.

CONCEPCIÓN.-Vengadnos de él, señor; vos sois valiente.

(A Diego. Pelean otra vez.)

ESCENA VII

(Dichos, el pescador y algunos piratas.)

DIEGO.-Venid todos, venid: ¡aquí mi gente!

FERNANDO.-Campechanos, valor.

DIEGO.-Ya será vano.
¿En dónde queda tanta valentía?

RODRÍGUEZ.-¡Valor !

FERNANDDO-¡Valor!

PESCADOR.-¡Que muera el campechano!

FERNANDO. -¡Los míos! Castigad tanta osadía.
(Entran más soldados.)

DIEGO.-*(Perdidos somos.)*

FERNANDO.-¡Muera ese villano!

(Toma Diego a Concepción en sus brazos: tras de los suyos se pone, y se baten en retirada.)

ESCENA VIII

(Doña María volviendo en sí, e Isabel.)

ISABEL.-Mi señora...

DORA MARÍA.-¡En dónde estamos! ¿Esta es la plaza?

ISABEL.-Sí, Sí.

DORA MARÍA.-Vamos, Isabel, de aquí.

ISABEL.-Señora...

DORA MARÍA.-Isabel, huyamos.

ISABEL.-Esperad.

DOÑA MARÍA.-¿En dónde está Concepción?

ISABEL.-Aún no lo sé.

DOÑA MARÍA. ¿No vistes adónde fue? ¡Ay! la mataron quizá.

ISABEL.-De aquel valiente extranjero
que del fuego la sacó,
vi que fuerte se abrazó
cuando vibraba su acero.
Sin duda le conocía,
pues le rogó que vengase
a don Fernando, y matase
a quien herido lo había.

DORA MARÍA.-¿Y quién es?

ISABEL.-Según dijeron
todos los hombres de aquí, era el Mulato.

DOÑA MARÍA.-¡Ay de mí!
¡Y tal vez con ella huyeron!
ISABEL.-Al momento que llegaron
al capitán más soldados,
huyeron esos malvados,
y batiéndose marcharon.

DORA MARÍA.-¿Y no miraste
si a mi hija la llevaban?

ISABEL.-No la vi
quedamos solas aquí...

DONA MARÍA.- ¡Ay Conchita!

ISABEL.-No se aflija.

DOÑA MARÍA -¿Y tú por qué no acudiste a salvarla?

ISABEL.-¿De qué modo?

DORA MARÍA.-Atropellándolo todo.

ISABEL.-No se pudo.

DORA MARÍA.-No quisiste:
marchemos en busca suya.

ISABEL.-Todos siguiéndolos fueron.

DOÑA MARÍA.-Mas tal vez ellos vencieron.

ISABEL.-Teneos.

DORA MARÍA.-La culpa es tuya.

ISABEL.-Esperad, que el capitán
fue persiguiendo al raptor.

DOÑA MARÍA.-Que tal permitas, Señor...
voy adonde ellos están;
pero... sígueme.

ISABEL.-¿Mas dónde
pensáis que la habéis de hallar?

DOÑA MARÍA.-Entre las ondas del mar,
si en ellas mi hija se esconde.
Sí, Isabel, vamos.

ISABEL.-No, no.

DOÑA MARÍA.-Si no me sigues, iré.

ISABEL.-(!Y qué he de hacer? no lo sé.)

DOÑA MARÍA.-¿No me acompañas? voy yo.

(En acción de irse.)

ESCENA IX

(Dichas y Fray Juan Benavente.)

FRAY JUAN.-¿Qué es esto?

ISABEL.-(!Gracias a Dios!)

DOÑA MARÍA.-¿Dónde se halla mi hija, padre?

¡Ah! ¿Dónde está?

FRAY JUAN. (¡Pobre madre!)

DOÑA MARÍA.-¿Acaso lo sabéis vos...?
¿No me respondéis?

FRAY JUAN.-¿Y qué...?

DOÑA MARÍA.-De aquí, señor, la ha llevado
ese pirata malvado.

FRAY JUAN. ¿Y adónde?

DOÑA MARÍA.-¡Yo no lo sé!

FRAY JUAN.-Consolaos, señora:
Dios, que vela por su criatura,
calmará vuestra amargura
y la volverá ya a vos.
Consolaos, que aquí en la vida
se sufren estos rigores.

DOÑA MARÍA.-Sí, sí, pero son mayores
los míos... ¡ah, hija querida!

FRAY JUAN.-El que sabe resignarse
a sufrir su adversa suerte,
sufre menos.

DOÑA MARÍA.-¡Ay! La muerte
sería mejor.

FRAY JUAN.-Consolarse,
consolarse es lo que debe
todo mortal en el mundo.

DOÑA MARÍA: Si su dolor es profundo,
¿cómo consolarse puede?
Hay males que al corazón
no dejan ningún consuelo,
no.

FRAY JUAN.-Siempre se apiada el cielo,
y calma nuestra aflicción.

ISABEL.-No lloréis, señora.

DOÑA MARÍA.-¡Ah!
¡Dices que no llore yo... !
no puedo sufrir.... no, no;
tanto sufrir basta ya.

FRAY JUAN.-A veces el Ser Supremo
para probar la paciencia,
pone en riesgo la existencia.

DOÑA MARÍA.-Pero mi mal es extremo.

FRAY JUAN.-Y viendo que así el mortal
se resigna hasta a la muerte,
le cambia su adversa suerte,
muda en bien todo su mal.

DOÑA MARÍA.-Pero una hija, padre...

FRAY JUAN.-Sí,
su vida es vida sagrada
para una madre agobiada.

DOÑA MARÍA.-Y es la hija que yo perdí...

FRAY JUAN.-No os aflijáis, que yo iré
en busca suya.

DOÑA MARÍA.-¡ Por Dios!

FRAY JUAN.-Os la traeré; pero vos
no lloréis.

DOÑA MARÍA.-No lloraré.
¿Me ofrecéis buscarla, padre?

FRAY JUAN.-Ya sabéis que lo que ofrezco,
lo cumplo.

DOÑA MARÍA.-No lo merezco:
vos consoláis a esta madre.

FRAY JUAN: Pues quedaos las dos aquí,
que yo voy por todas partes
a buscarla. No te apartes.

Quédate, Isabel.

ISABEL.-Sí.

DOÑA MARÍA.-Sí.

ESCENA X

(Dichos y Blas.)

BLAS.-Vengo a traeros una nueva.

DOÑA MARÍA.-¿Y qué nueva?

FRAY JUAN.-Di.

BLAS.-Esperad.
Salimos de aquí batiendo
a esa caterva infernal,
nosotros gritando: ¡adentro!
y todos ellos: ¡atrás!
Mirándose ya perdidos
y que era vano su afán,
nos volvieron las espaldas,
corriendo sin descansar;
y nosotros tras de ellos
¡fuego, fuego! y nada mas.
Unos huyeron al monte,
y otros se fueron al mar.

DOÑA MARÍA.-¿Y mi hija?

BLAS.-Diego el Mulato,
que es un pirata sagaz,
viéndose ya sin recursos
y que era en vano lidiar,
teniéndola entre sus brazos
le daba seguridad
para que entrase en el templo
y burlase nuestro afán.
Con efecto: él y su padre,
ese pescador brutal,
en la iglesia se encerraron,
por no poder más luchar.

DOÑA MARÍA. ¿Y mi Concha?

BLAS.-Allí se hallaba
con los malditos; mas ya
que vio el capitán Rodríguez
que buscaban el altar,
empujó él y don Fernando
las puertas con los demás,
y en el momento quedaron
abiertas de par en par.
Viendo el pirata maldito
tan grande animosidad,
nos volvió valiente el pecho,
redoblando más su afán.
Por fin, a las manos llegan
y le empiezan a atacar.
Diego resiste con furia
todos los golpes; mas ya
que se encuentra sin recurso,
con ella intenta escapar.

DOÑA MARÍA.-¿Y mi hija?

BLAS.-Estaba privada
entre sus brazos; pero...

DOÑA MARÍA.-¡Ah!

BLAS.-No temáis, que así que vieron
que la llevaría quizá,
pues eso sólo intentaba,
echáronse el capitán
y don Fernando sobre él
con mucho cuidado; y... ¡zas!
le dieron una estocada
en el brazo, que a dejar
la espada le obliga: entonces
a su hija que estaba atrás
la tomó, y mandó prendiesen
con toda seguridad
al Pescador y al Mulato,
pues que huyeron los demás.

DOÑA MARÍA.-¡Bendito seáis, Dios mío!
Voy a verla.

BLAS.-No, que acá
la han de traer.

FRAY JUAN.-¿Ya lo veis?
Dios no abandona al mortal.
Voy a buscarla, señora.
Con Isabel os quedad.

DOÑA MARÍA.-Traédmela pronto, padre.

FRAY JUAN.-Luego con vos estará.
Tú me vuelves mi consuelo y calmas mi suspirar:
nunca abandonas, Dios bueno, al afligido mortal:
tú mitigas sus dolores, tú le sabes consolar.
Bendito seas, Dios benigno, que calmas mi inquieto afán.
Tú me :vuelves la existencia que a ti debo consagrar.
Tú guardaste su decoro y la acogiste en tu altar:
tú la vuelves a mis brazos; i de ellos no se: aparte más!
Tú prolongas esta vida, que presto se iba ,a acabar;
tú vuelves todo mi aliento... ¡bendita sea tu bondad!

ISABEL.-Allí viene.

DOÑA MARIA, ¡Ah, bendición!
Ven, hija, ven a mis brazos, que mi triste corazón
se desgarraba a pedazos, temiendo tu, perdición.

ESCENA XI

(Dichos, menos Fray Juan Benavente y Blas.)

DOÑA MARTA.-Gracias te doy, ¡oh Dios mío!
(De rodillas.)
¡que mi aflicción calmas ya!
Tú me vuelves hoy a mi hija;
¡bendita sea tu bondad!
Yo desesperé; pero era
mi pena y angustia tal...
mas ahora tú la mitigas
con tu suprema bondad.
¡Ah! ¡que sin ella mi vida
no pudiera durar más!

ESCENA XII

(Todos los interlocutores: Diego entra apresurado escapándose de los soldados; traen al pescador entre filas.)

CONCEPCIÓN.-Dejad a mi protector:
no lo maltratéis, malvados,
a él sólo debo mi honor.
Dejadle, crueles soldados,
dejad a mi bienhechor.

FERNANDO.-¿Tu bienhechor?

CONCEPCIÓN.-Sí: lo ha sido.

DIEGO.-Y aún lo soy.

FERNANDO.-¿Cuándo el león
entre ovejas ha vivido?
Os sacaré el corazón,
hombre de Dios maldecido,
tan lleno de corrupción.

CONCEPCIÓN.-¿Por qué le insultas?

FERNANDO.-Sí, vélo:
es el Mulato.

DOÑA MARÍA Y CONCEPCIÓN.-¡Dios mío!

FERNANDO.-Y hoy veréis en este suelo
cómo ha de mandar el cielo
el castigo de un impío.

DOÑA MARÍA.-Sí, castigadlo, y su cabeza ruede
como él hizo rodar tantas cabezas.
No permitáis que sin castigo quede
el que sembró su vida de vilezas.
Sí, hombre vil, infernal, tú que a mi esposo
arrancaste la vida que era mía,
¡venganza pido! y mi único reposo
tu sangre me ha de dar en este día.
¡Mas no basta tal pena a tal infame!
merece otra mayor, más fiera y dura

no basta que su sangre se derrame
ni aquí debe dejar su mancha impura.
Cenizas debe ser, para que el viento
las esparza veloz. ¡Sí, sólo el fuego
puede vengarnos, vil: vuestro tormento
las llamas han de ser, las llamas, Diego!

CONCEPCIÓN.-Él es cruel asesino:
él es, lo conozco, madre;
mas fue mi fatal destino
adorar con desatino
a quien degolló a mi padre.
¡Le adoré, infeliz, le adoro...!
porque lo que hizo conmigo
no es obra de un enemigo:
por eso ahora, madre, lloro,
porque merece un castigo.
No bastan mis fuerzas, no,
a arrancar de aquí del pecho,
el amor del que salvó
mi existencia... aún es estrecho
para el que le tengo yo.
En Mérida imploraré
un asilo en el convento
allí, ¡oh Dios! me encerraré
a llorar con mi tormento
lo mucho que le adoré.
Allí al pie de los altares
a Dios pediré que alivie
mis tormentosos pesares.
Lloraré ante Dios a mares
para que mi amor entibie.
Te odio, pirata infernal,
porque a mi padre mataste
mas... te amo, infeliz mortal:
yo te adoro por mi mal:
tú también... ¡cuánto me amaste!

DIEGO.-Parte al convento, virgen inocente;
libre allí de asechanzas del mundano,
recordarás que en mí, tierno y clemente,
jamás viste un amor vil y liviano.
Al menos moriré con la ventura
de saber que me amaste y que eres mía,
y que vas a encerrarte en la clausura
y en una soledad triste y sombría.

Y vos que habéis juzgado que me aterra
(*A doña María, con furor.*)
el fuego en que viví por mi destino,
¡os engañáis, señora! En esta tierra
sembré de llamas mi infernal camino.
¡Acobardarme yo...!

DONA MARÍA. Vuestro relato
enciende mi furor, hombre o demonio.

DIEGO.-Voy a probar que soy Diego el Mulato,
y de ser infernal doy testimonio.
(*Arrójase a las llamas de la casa de doña María.*)

TODOS.-¡Ah!

PESCADOR.-Hijo infeliz pero por mí maldito,
has muerto con valor: sólo yo quedo.

FRAY JUAN.-Así castiga Dios tanto delito.

PESCADOR.-A la muerte jamás tuve yo miedo.
(*Arrójase también.*)

FERNANDO-Arrójate con él, viejo menguado,
que así te libras de mi encono y furia.
He vengado, señora, nuestra injuria:
juré vengarme, sí: ¡ya estoy vengado!

FIN